

Olivier Barde-Cabuçon

Misa negra
Un caso del comisario
de las muertes extrañas

Traducción del francés de
Teresa Clavel

 Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

Índice

I. Fuegos fatuos y otras cosas del diablo	13
II. Un asunto de Estado y otras cosas del diablo	27
III. El monje, la mujer y otras cosas del diablo	57
IV. Jóvenes desaparecidas y otras cosas del diablo	71
V. El perro, la niebla y otras cosas del diablo	92
VI. La Voraz y otras cosas del diablo	111
VII. El sueño del monje y otras cosas del diablo	126
VIII. El cura danzarín y otras cosas del diablo	129
IX. Sartine y otras cosas del diablo	143
X. El entierro y otras cosas del diablo	147
XI. Un fiscal y otras cosas del diablo	163
XII. El fuego y otras cosas del diablo	183
XIII. La abadía y otras cosas del diablo	198

XIV. Un ritual y otras cosas del diablo	205
XV. La nieve y otras cosas del diablo	216
XVI. La lógica y otras cosas del diablo	224
XVII. Un féretro y otras cosas del diablo	233
XVIII. La exhumación del cadáver y otras cosas del diablo	243
XIX. Sophia y otras cosas del diablo	248
XX. En la cabeza de un perro y otras cosas del diablo	253
XXI. Versalles y otras cosas del diablo	278
XXII. Una cena chispeante y otras cosas del diablo	293
XXIII. El caballero satanista y otras cosas del diablo	303
XXIV. El rapto de Sophia y otras cosas del diablo	316
XXV. Misa negra y una última cosa del diablo	325

Para mi madre, que me transmitió la afición a la historia.

Cae la noche, pero las manchas no desaparecen.

ILSE AICHINGER

I

Fuegos fatuos y otras cosas del diablo

Una campana sonó a lo lejos. El crepúsculo había envuelto el cementerio con un fino velo negro que difuminaba las formas de las lápidas y las estelas. Una lluvia fina y helada empapaba el suelo de las alamedas murmurando quedamente. El monje tocó la cara del hombre con la yema de los dedos y se levantó despacio.

–Parece que haya muerto de miedo...

–No es de extrañar –murmuró el oficial de la patrulla alargando el brazo para señalar, a lo lejos, las llamas multicolores que parecían suspendidas en el aire.

En aquel mes de diciembre de 1759, el París de la muerte se extendía ante sus ojos. Más que un agrupamiento de tumbas, el cementerio era un inmenso parque de relieve tortuoso y vegetación abundante. Una amplia alameda bordeada de árboles desaparecidos conducía hasta una pequeña colina devorada por el musgo y poblada de sombras espectrales. Allí, unas llamas amarillentas o rojizas se arremolinaban sobre las tumbas. El sonido de la campana cesó. Un viento pesado rugía con furia. Cerca de allí, se oyó a un perro aullar desesperadamente.

–Hay que ir a ver –dijo el monje en voz baja.

–Son cosas del diablo –protestó el otro-. ¡Ni yo ni los arqueos de la patrulla nos moveremos de aquí!

–Entonces iré solo. Que me den una linterna.

El oficial lo observó con atención. Bajo la capucha de su interlocutor se distinguían unos ojos negros y vivos, con un brillo de inteligencia y humanidad. Su mirada reflejaba una curiosidad

atenta por el mundo que lo rodeaba. El monje debía de tener unos cincuenta años. Un haz de finas arrugas surcaba su frente, como señales de perplejidad o de curiosidad intelectual. Las facciones de su rostro eran delicadas y un fino hilillo de barba, apenas plateada en algunos puntos, subrayaba la curva aristocrática de su mentón.

—¿No deberíais esperar al comisario de las muertes extrañas? —preguntó con nerviosismo el oficial—. Uno puede enfrentarse a los hombres solo, pero no a los espíritus malignos o a las almas en pena...

—¡Basta! —repuso con firmeza el monje—. Voy a ir. ¡No le temo a nada en este mundo! —Cogió la linterna que le tendía un arquero de la patrulla y añadió como para sí mismo—: ¡Ni en el otro, dicho sea de paso!

Con sus hombres congregados alrededor, el oficial de la patrulla miró al enigmático monje alejarse en la oscura noche. Acerca del colaborador del comisario de las muertes extrañas, encargado de dilucidar los crímenes más misteriosos de París, había oído tantas cosas detestables como maravillosas: herejía, duelos y descuartizamiento de cadáveres, pero también una ciencia infinita que bebía en los textos más antiguos. En silencio, se santiguó.

El débil halo de luz de la linterna temblaba delante del monje, hurtando en su recorrido impresiones fugaces de desolación. Alrededor, hiedra, zarzas y malas hierbas alfombraban las tumbas al pie de ángeles rotos. Una impresionante sensación de soledad y abandono emanaba de esos lugares. El frío se hacía más penetrante según caía la noche. El monje subió con prudencia una escalera invadida por el musgo y llegó a la cima de un montículo. Las llamas de colores eran como hojas movidas por el viento. Algunas se apagaban al cabo de unos segundos, pero inmediatamente surgían otras, azul claro, rojas o amarillas...

—Es magnífico —susurró, contemplándolas entusiasmado. Dio unos pasos para dejar la linterna sobre una tumba y disfrutar mejor del espectáculo—. ¡Ah! —exclamó, quedándose inmóvil.

Un reguero de sangre corría al pie de la estela, mientras un gallo degollado yacía sobre la lápida.

–Esta salida nocturna empieza a ponerse interesante –dijo hablando consigo mismo, costumbre que había adquirido cuando estuvo preso, tiempo atrás–. ¡Así que ofrecen sacrificios al diablo! Yo preferiría ofrecérselos a Baco, dios del vino, o a Venus, diosa del amor. Pero, en fin, allá cada cual con sus gustos.

Al agacharse, vio un cirio de cera negra medio consumido.

–Misa negra e invocación satánica –dijo una voz grave detrás de él.

El monje se volvió. Absorto en su descubrimiento, no había oído llegar a Volnay, el comisario de las muertes extrañas, vestido con un largo frac inglés sobre una chupa con solapas. Era un hombre de unos veinticinco años, alto, de caderas estrechas y hombros anchos, semblante agradable, enmarcado por largos cabellos oscuros sujetos en la nuca con una cinta de tafetán negro doblada en forma de flor, nariz corta y recta, y mandíbula bien perfilada. Su expresión, sin embargo, era sombría y severa. La luz de su linterna le bañaba el rostro, arrojando reflejos dorados sobre la cicatriz que se extendía desde el rabillo del ojo derecho hasta la sien.

–Misa negra y fuegos fatuos, hijo mío –precisó alegremente el monje, señalando los torbellinos de colores variados que se agitaban a su alrededor–. Newton habló de ellos en uno de sus tratados, comparándolos con vapores que emanan de las aguas putrefactas, *ignis mentes*, los espíritus del fuego...

A su padre, el monje, le gustaba hacer gala de su ciencia. Volnay esperó con estoicismo la continuación.

–En nuestro caso, yo diría que la descomposición de los cadáveres libera a veces gases que se inflaman espontáneamente al entrar en contacto con el aire. Cuando sopla viento, como esta noche, el común de los mortales cree ver a Jack el Linterna en persona. –Soltó una carcajada ligeramente condescendiente–. Los campesinos tienen cierto sentido práctico. Clavan una aguja en el suelo para obligar a los fuegos fatuos a pasar a través del ojo de esta y así tener tiempo de huir. ¡Porque todo el mundo sabe que tan difícil es para un fuego fatuo pasar por el ojo de una aguja como para un rico entrar en el reino de los cielos!

–Dejemos los fuegos fatuos por el momento –decidió con

frialdad el comisario de las muertes extrañas—, aunque hayan hecho que el guarda del cementerio se haya muerto de miedo.

Se alejó con la linterna en la mano como un alma perdida. Al pisar la tierra húmeda, sus botas emitían un silbido acuoso. El viento hacía tabletear los faldones del frac a su espalda.

—Muchacho —replicó el monje elevando la voz—, dudo que el guarda de un cementerio muera por ver un puñado de fuegos fatuos o un gallo negro. Ha debido de pasar otra cosa...

—¿Qué?

—De momento, lo ignoro. ¡Yo no soy policía! ¡Yo busco el sentido de las cosas!

Volnay paseó la linterna a través de las tumbas, evitando cuidadosamente las llamitas.

—¡No queman, muchacho! ¿Qué buscas?

—Tumbas profanadas por los que han celebrado esta misa negra. El contacto con el aire de los cadáveres explicaría la aparición de este fenómeno... No, no veo nada aparte de algunas cruces derribadas. A lo mejor la aparición de los fuegos fatuos ha hecho huir a los celebrantes antes de que tuvieran tiempo de acabar...

A lo lejos, los aullidos lúgubres del perro comenzaron de nuevo. Se expresaba en ellos algo primitivo, pero increíblemente humano, que helaba la sangre, como si revelaran un sufrimiento auténtico. El monje golpeó el suelo con los pies para entrar en calor. Empezaba a notar los efectos de la humedad. Levantó la cabeza hacia el cielo y abrió los brazos con gesto teatral.

—¡Oh Señor, vos que acostumbráis hacer tan poco por nosotros, ayudadnos a comprender este misterio!

—¡No blasfemes! —gritó secamente el policía, que no se había alejado tanto como para no oírlo.

El monje rio, con los ojos cerrados bajo la caricia de la lluvia.

—Qué pena que esté todo mojado —señaló—. Habríamos podido encontrar algunas huellas sobre esta tumba. Por lo general, quien se tiende sobre la piedra es una joven virgen, desnuda, cabeza abajo, con un crucifijo entre los pechos y una hostia consagrada entre los muslos...

—Está aquí —dijo una voz queda.

El monje se sobresaltó antes de reconocer la entonación deformada de Volnay, que se había quedado quieto bajo un árbol, frente a una cruz rota. Chapoteando en la tierra húmeda, el monje se apresuró a reunirse con él.

–Tal como acabas de describirla –añadió el policía con la misma voz ronca–. Excepto por un detalle: la desventurada niña ha sido estrangulada.

La víctima se encontraba tendida sobre la tumba con los brazos en cruz, expuesta a la lluvia. Era muy guapa y muy joven, tenía la piel pálida y helada, y los labios, amoratados por el frío. El monje se inclinó sobre ella y, con un gesto tierno, le cerró los ojos.

–Han matado a un ángel –murmuró abrumado, apretando los puños. La rabia crispaba sus facciones–. Por más que nos repitan machaconamente que el bien es la causa y la finalidad de todos los seres, nos engañan. ¡El hombre no tiene medida para infligir el mal a los demás! –Su cólera siguió en aumento–. ¡Siglo de locos, enfermos y perversos, en el que la ignorancia crasa rivaliza con la infamia! No debe de tener trece años.

El comisario de las muertes extrañas recorrió los alrededores con la mirada. No llevaba sombrero y el viento jugaba con sus cabellos de un negro azabache, largos y sin empolvar. Concentró de nuevo su atención en el monje. Cuanto más envejecía, más sensible se volvía su padre a la muerte o a la pérdida de un ser más joven que él.

–Intenta controlar tu emoción –le dijo con delicadeza–, debemos encontrar al culpable de esta locura.

El monje asintió.

–No tengo nada contra Jesucristo, después de todo –susurró–. Si existe, que reciba a su lado a esta pobre alma desamparada –añadió antes de levantarse.

–¡No te muevas! –ordenó el comisario de las muertes extrañas–. Estamos en el escenario de un crimen. Aquí se concentran todos los indicios que necesitamos. Si no andamos con cuidado, la investigación se verá comprometida antes incluso de haber empezado. –Habla con severidad y en un tono que no admitía réplica–. Empecemos por proteger los indicios. La lluvia no

nos ayuda, pero al menos estamos solos y nadie vendrá aquí a pisotearlo todo. Identifiquemos primero las huellas de nuestros pasos para neutralizarlas y usémoslas a partir de ahora en todos nuestros desplazamientos.

En el cielo, las estrellas parecían paralizadas por el frío. Bajo aquella pálida luz, establecieron de común acuerdo las marcas dejadas por ambos.

—Los indicios están aquí, ante nuestros ojos —prosiguió después el comisario de las muertes extrañas—: un cadáver, una hostia, un crucifijo y huellas de pasos. ¡Tenemos que hacer hablar a todo eso! Necesito saber más sobre el ritual de la misa negra.

El monje le dirigió una mirada vacía. De pronto, un destello de lucidez iluminó sus ojos, y su cerebro empezó de nuevo a funcionar con normalidad.

—Como sabes, la misa negra es un culto que se rinde a Satán parodiando la misa —explicó con voz cansada—. Todo está, pues, invertido: el cuerpo de una mujer desnuda sirve de altar, los cirios son negros en lugar de blancos. No se trata de una celebración, sino de un simulacro desnaturalizado, una profanación... Existen muchos rituales de misa negra. Un sacerdote que ha colgado los hábitos o renegado de la fe, unas hostias consagradas, una virgen y una prostituta, un crucifijo o un cáliz lleno de vino o de agua de un pozo al que han arrojado el cuerpo de un niño sin bautizar... —Se interrumpió un instante, con la mirada perdida—. Al sonar la primera campanada de las once, la misa empieza a ser dicha al revés, y se termina con la decimosegunda campanada de medianoche.

—No es medianoche —señaló Volnay—, algo debe de haberlos interrumpido...

—Es preciso decir que, para obtener un mejor resultado, se suele decir la misa tres veces.

—¡Demonios!

—Normalmente —continuó el monje en un tono abatido—, el sacerdote dice la misa y la prostituta lo ayuda. Se recitan fragmentos de la misa al revés, la palabra «mal» sustituye a la palabra «bien», y «Dios» se cambia por «Satán». La prostituta da la comunión, rocía de vino el pecho de la joven virgen y coloca la

hostia, para mancharla, en... hummm... en la gruta sagrada de la muchacha.

Dicho esto, se calló.

–Bien –dijo, pensativo, el comisario de las muertes extrañas–, esto me permite comprender la configuración del escenario. Es curioso, han trazado como una cruz en el suelo.

El monje asintió con la cabeza.

–El que dice la misa hace el signo de la cruz en el suelo con el pie izquierdo. Ya te lo he dicho: todo está invertido.

–Entonces, eso significa que el oficiante estaba aquí. A su lado, una mujer, porque la tierra está claramente menos comprimida y la huella es más pequeña. Los otros estaban enfrente... Yo diría que eran dos..., no, tres personas. Voy a medir.

Sacó un cordel y midió todas las huellas haciendo un nudo para señalar el principio y el final de cada una.

–Otra huella de mujer –dijo en un tono glacial–. Tres hombres y dos mujeres... –Frunció el entrecejo–. Antes de saber, hay que suponer. Al parecer, pues, tenemos dos celebrantes de la misa, tres espectadores y... una víctima para sacrificar.

El monje se arrodilló junto al cuerpo sin vida. Curiosamente, por un momento el comisario de las muertes extrañas creyó que iba a rezar, pero los dedos finos y rápidos del monje ya corrían por el cadáver levantando brazos y antebrazos y examinando los codos.

–Marcas superficiales de estrangulamiento alrededor del cuello, ningún movimiento defensivo que causara heridas, ninguna contusión en los antebrazos –dijo–, pero tengo que examinarla a la luz y sin esta maldita lluvia helada.

–Cúbreme –dijo Volnay–. Necesito dibujar el escenario del crimen sin empaparme.

El monje obedeció y, con el faldón del hábito, cubrió el papel y el carboncillo de su hijo, el cual se puso a dibujar con destreza apoyándose en una rodilla.

–Ya está –dijo el comisario de las muertes extrañas al cabo de un momento–. Haré el retrato de la joven muerta una vez que su cuerpo esté a cubierto.

Con precaución, dio unos pasos hacia los fuegos fatuos, que

ahora parecían desvanecerse en la noche, y se detuvo junto a la tumba donde al llegar había encontrado al monje. Dirigió de nuevo su atención hacia el gallo degollado.

—¿Por qué habrán sacrificado el gallo en una tumba alejada?

Se volvió hacia el monje, pero este parecía no haberlo oído.

—¿Padre...? —insistió Volnay.

El monje se estremeció, pues eran raras las ocasiones en que su hijo pronunciaba esa palabra que lo conmovía: padre... Era un poco como si su corazón fuera un instrumento musical y pellizcaran una cuerda.

«Me hago viejo y me vuelvo sensible», se dijo. Pero no pensaba tal cosa ni por asomo.

—Dime, hijo.

—¿Has oído mi pregunta?

—No.

Volnay la repitió y el monje se encogió de hombros.

—No tengo ni la menor idea.

El comisario de las muertes extrañas lo miró con expresión intrigada. Nunca había visto a su padre tan poco concentrado en el escenario de un crimen.

—¿Hay algo que quieras decirme?

—Sí —respondió el monje. Sus ojos parecieron inundarse de un agua turbia—. Cuando encontremos a esos asesinos, hagamos lo necesario para que sean sometidos a una larga tortura antes de ser quemados y descuartizados.

El comisario de las muertes extrañas frunció el ceño. Aquello no era propio de su padre, ferozmente contrario tanto a la pena de muerte como a la tortura. Miró de nuevo a la joven víctima, a la que el monje había cerrado los ojos con tanta ternura, y preguntó:

—¿La conoces?

El monje residía, al igual que su hijo, en la orilla izquierda del Sena, en un callejón discreto a unos pasos de la calle Saint-Jacques.

Volnay y él bajaron el cuerpo de la carreta, que un arquero de la patrulla condujo al establo de una fonda cercana. El policía se

ofreció para ayudar al monje, pero este insistió en llevar a la muchacha en brazos él solo. Lo hizo como si se tratara de una niña dormida a la que de ninguna forma quería despertar. Mientras la transportaba, la cabeza infantil se desplazó sobre su pecho. Al monje se le encogió el corazón y pestañeó varias veces. La lluvia había dibujado como lágrimas en su rostro. Se apresuró a asirla mejor, ante la mirada inquieta de su hijo. Un intenso frío invadió a este último cuando su padre dijo:

–Tenemos que meterla enseguida en casa para que pueda calentarse.

Sin contestar, Volnay le abrió la puerta. Después de haber bajado una escalera empinada, recorrieron con su fardo un largo pasillo oscuro para encontrarse ante una doble puerta de hierro. Depositaron el cuerpo en el suelo y el monje hizo girar una llave en la cerradura. El policía entró tras él en un profundo sótano abovedado con las paredes de piedra. Este albergaba un increíble laboratorio rebosante de crisoles, alambiques, retortas y hornillos, apagados o en plena actividad. No faltaba mucho para medianoche. Los dos hombres se dedicaron a encender minuciosamente las antorchas colgadas en la pared antes de ocuparse de la lámpara de techo coronada de velas. A continuación, sin pronunciar palabra, levantaron de nuevo a la joven para depositarla con delicadeza sobre una mesa de piedra que el monje cubrió previamente con una manta. Al comisario de las muertes extrañas se le encogió el corazón cuando el monje le habló con voz queda al cadáver:

–Ah, mi joven amiga, me repugna tener que proceder de este modo, pero debéis perdonarme: es para encontrar a los que os han hecho tanto daño.

Se inclinó para examinar el himen de la muchacha. El comisario de las muertes extrañas se estremeció, incómodo. Era la primera vez que oía al monje hablarle a un cadáver que estaba examinando. ¿La conocía acaso? Al preguntárselo, su padre lo había negado.

–Es virgen –dijo con frialdad el monje, incorporándose–. ¡Por lo menos esos chacales no la han mancillado!

Una vez más, aquel tono furioso despertó la curiosidad de

Volnay. Jamás había visto a su padre delatar una emoción examinando un cadáver.

–Una criatura de doce años –repitió en voz baja el policía, como para sí mismo–. Una virgen, una prostituta y un sacerdote renegado...

Un mechón de cabellos rubios y sedosos cruzaba la frente de la muchacha; el monje lo retiró con cuidado.

–Parecen hilos de oro –dijo maravillado.

Abrió los dedos y dejó que los cabellos se deslizaran entre ellos.

–¿Estás en condiciones de seguir? –preguntó con delicadeza su hijo.

Mascullando palabras ininteligibles, el monje comenzó a examinar el cuerpo con una lupa, observando atentamente rodillas, codos, brazos y antebrazos. Después levantó con prudencia la nuca y apartó el pelo en busca de contusiones o de alguna protuberancia.

Finalmente, se volvió hacia Volnay.

–La lluvia borra los indicios, mientras que el frío petrifica el cuerpo y nos priva de valiosas informaciones, en especial sobre la hora de la muerte. Por eso tenía prisa por llevarla a un sitio caliente. No encuentro ni heridas, ni protuberancias, ni equimosis en el cuerpo. No ha luchado para defenderse y no se ha debatido. Incluso un cordero se resiste y bala ante el altar donde lo inmolan. ¿Por qué no ha reaccionado ella?

–¿Quizá porque se había prestado a esta farsa y no sospechaba cuál iba a ser el desenlace? –sugirió el comisario de las muertes extrañas.

El monje, perplejo, se rascó la barba.

–Estamos en diciembre y hace un frío glacial. Parece imposible que alguien acceda a tumbarse desnudo sobre una losa helada. –Tras esta reflexión, prosiguió el examen del cuerpo–. ¿Puedes acercarte al farol? ¡Ahí! Qué raro, las marcas de alrededor del cuello apenas resultan visibles, son insuficientes para privarla de aire. Quizá haya muerto de miedo o de frío...

–Me lo dirás después de la autopsia –dijo Volnay, conciliador. Su padre le lanzó una mirada dura.

–¡No pienso abrir a esta pobre criatura!

El policía adoptó una expresión preocupada de la que el otro hizo caso omiso. El monje retrocedió un paso y contempló, pensativo, el cuerpo.

–Instintivamente –dijo–, debería haber intentado protegerse y tendría que haber cortes en sus manos o en sus antebrazos. Pero no, ni siquiera hay alrededor de la boca alguna marca dejada al tratar de impedirle gritar.

–Sus dientes están cuidados –señaló el comisario de las muertes extrañas separándole ligeramente los labios–. Y lo mismo puede decirse de sus manos. No es del pueblo llano...

–¿Qué sabes tú del pueblo llano? –gruñó el monje.

El policía no respondió. Contemplaba a la joven muerta. Sus cabellos rubios, una vez secados con una toalla, aparecían lisos y claros. Con un gesto tranquilo, le alborotó la cabellera ante la mirada irritada del monje.

–Se diría que le han cortado varios mechones.

–¡Maldita sea! –juró su padre–. ¡No me había dado cuenta!

Para desquitarse, se puso a comparar los mechones uno tras otro.

–Tienes razón, y dudo que se los haya cortado ella misma. –El monje frunció los ojos como para reflexionar mejor–. Se tumba desnuda en pleno mes de diciembre, con los brazos en cruz, sobre una lápida helada y húmeda, y presenta su cuello al verdugo. –Meneó la cabeza–. A no ser que... ¡Pues claro, diantre, es evidente! –exclamó, yendo de un lado para otro–. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

–¿Ocurrírsete qué? –se impacientó el comisario de las muertes extrañas.

–Una cosa, pero es demasiado pronto para hablar de ella –masculló su padre–. Además, necesito que no se me moleste constantemente...

–Estás de un humor insoportable –dijo Volnay–. Te dejo. Me voy a mi casa a acostarme.

–¡Buena idea! Consulta con la almohada, a ver qué te sugiere.

Después de haber acompañado a su hijo y cerrado cuidadosamente la puerta, el monje volvió a bajar a su laboratorio. Co-

menzó entonces a examinar la boca de la víctima. Con ayuda de un pañuelo, retiró de debajo de la lengua un poco de líquido lechoso y pegajoso. Lo olió con recelo.

—Así que era eso... —murmuró satisfecho—. La han drogado...

Volnay salió del callejón y saboreó la belleza silenciosa de las calles nevadas en plena noche. A pocos pasos de allí se encontró frente a un perro con el pelaje mugriento. Sus ojos negros, extrañamente humanos, brillaban con inteligencia. El animal dejó escapar un gañido, abrió la boca echando la cabeza hacia atrás como para aullar, pero, en lugar de eso, profirió un lamento triste, casi un gemido. Volnay se acercó lentamente a él y, asegurándose de que no enseñaba los dientes, lo acarició un poco.

—¿Nos hemos encontrado antes en alguna parte, amigo de cuatro patas? —le preguntó en tono grave.

Después sonrió y rascó otra vez al perro detrás de las orejas antes de continuar hacia su domicilio, a poca distancia de allí. Sus botas pisaban el empedrado con seguridad, pero él, ojo avizor, escrutaba las zonas de sombra con la mano sobre la empuñadura de su espada.

Para el comisario de las muertes extrañas, la noche ya no era un tranquilo paréntesis y mucho menos un momento de descanso. Los crímenes más abominables se cometían a las horas más negras, y al amanecer, los limpiabotas de París recogían los cadáveres. La noche parecía situar a París fuera de la ley y de la moral.

Unas risas alegres brotaron de la oscuridad. Volnay aguzó el oído y al cabo de un momento meneó la cabeza. Desde el día de la Epifanía hasta la víspera del miércoles de Ceniza se extendía el periodo de Carnaval. Antes de que le sucediera la austeridad de la Cuaresma y la Pascua, símbolo de renovación, que borraría los pecados y las tinieblas del invierno, el Carnaval permitía a todos renegar de su espiritualidad y dar libre curso a sus bajos instintos terrenales. Disfraces y máscaras hacían desaparecer las clases sociales y las diferencias entre seres humanos, dando a estos la oportunidad de olvidarse en una identidad precaria que permitía desembridar los instintos y hablar a los sentidos.

A la policía del reino no le gustaba mucho ese periodo en el que el propio orden regio era cuestionado. Daba lugar a numerosas riñas y conductas violentas, así como a un libertinaje desatado. Los criados robaban a sus señores y pervertían a sus señoras. Los arqueros de la patrulla y el clero eran insultados. La farsa acababa a veces en drama. Por eso, una ordenanza policial de 1746 prohibía a las personas enmascaradas llevar garrotes y espadas o hacérselos llevar a sus lacayos. Otra ordenanza, de 1742, prohibía entrar por la fuerza en los lugares donde se tocaba música, violentar a los mesoneros, sus mujeres e hijos, y obligar a los violinistas a tocar toda la noche. Era un método seguro para luchar contra el escándalo nocturno en época de Carnaval.

Pero resultaba que no estaban en época de Carnaval. Aun así, desde principios de diciembre se encontraba a menudo con grupos de ese tipo. Al acercarse la Navidad, después de ponerse el sol una extraña exaltación parecía apoderarse de la ciudad.

El comisario de las muertes extrañas no tardó en distinguir la claridad de una antorcha. La llevaba un hombre con una máscara de papel de nariz desmesuradamente larga, que lideraba a un alegre grupo de una docena de jóvenes. Ellas bailaban una especie de farandola, mientras ellos entonaban canciones obscenas. Al ver a Volnay solo, soltaron una exclamación colectiva de feliz sorpresa y, satisfechos, se dirigieron hacia él para importunarlo o atracarlo. El comisario de las muertes extrañas desplegó una sonrisa fría y desenfundó a medias la espada. El grupo se detuvo un momento y luego volvió a tomar su dirección inicial. Estaba claro que les parecía más fácil humillar a un burgués solitario que a un hombre armado y decidido. Volnay retrocedió para dejarlos pasar a dos metros de él. Se oyeron chirigotas y algunas muchachas le tendieron la grupa de manera sugerente cantando:

¡Ensarta, ensarta, ensarta, la aguja de París!

Una de ellas, alta y de figura esbelta, se apartó del grupo y fue a cogerse de su brazo. Llevaba la máscara de la muerte.

—¡Ven a bailar con la muerte y a saborear sus besos!

Acto seguido, unió el gesto a la palabra y lo besó en la boca antes de escapar riendo para reunirse con los demás. Volnay permaneció un momento inmóvil en la oscuridad, con el corazón palpitante. Después prosiguió su camino como si nada hubiera pasado. A su espalda, el perro, que se había parado, echó de nuevo a andar con prudencia tras él.